

Escrituras

PATROCINADO POR



Tiempo de fantasmas

01

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Con los fantasmas pasa lo mismo que con las meigas: uno no cree en ellos, pero haberlos, haylos. Especialmente en las largas noches frías, cuando se esconden en los portales o acechan entre la niebla. Antes de que los días se alarguen y llegue la época de otros monstruos –porque, como sostiene Enrique Redel, editor de Impedimenta, los zombis son para el verano como los fantasmas para el invierno–, nos encontramos con una producción reciente que se prolongará en los próximos meses consagrada a estas figuras evanescentes. No todos dan miedo, pero sí respeto, porque tras ellos se esconden autores de la talla de Robertson Davies o Diane Setterfield, renovadora de la novela gótica desde aquel *El cuento*

número 13 que nos recordó que aún hay partido sin Charles Dickens ni Wilkie Collins, quienes sentaron cátedra en el género en tiempos tan oscuros como los actuales.

El negocio de la muerte

Dickens habita en el fondo y en las formas de *El hombre que perseguía al tiempo*, la nueva novela de Diane Setterfield (Berkshire, Inglaterra, 1964). Subtitulada en su versión inglesa *una historia de fantasmas*, la narración resulta un muy curioso y convincente híbrido entre cuento fantástico pero también narración realista. Ambientada en una era victoriana que tantas alegrías ha proporcionado a los amantes de la literatura gótica, la novela comienza con un grupo de niños que juegan con unos tirachinas;

uno de ellos, Will Bellman, dispara y mata en el acto a un grajo. A partir de ese momento su vida se verá marcada por esta muerte gratuita: del triunfo en los negocios a la tragedia, en cada uno de los actos más importantes de su existencia aparece un misterioso hombre vestido de negro. Acuciado por la presencia de este caballero desconocido, Bellman intenta un pacto con él y pone en marcha una tienda dedicada al negocio de la muerte, desde las telas a las lápidas. Es en estas páginas, en la descripción de las levitas de luto y los carruajes para los acompañantes o los recordatorios para los vivos, en los que la novela se desprende de su carácter de cuento para situarnos en un Londres que hubiera complacido a Dickens.

Robertson Davies (1913-1995), uno de los más grandes autores canadienses, conocido especialmente por su *Trilogía de Deptford*, explica en el prólogo de su recopilación *Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas* que “es preciso compensar el exceso de racionalidad con algo distinto”. En su caso, fueron las narraciones de fantasmas, a las que siempre fue aficionado desde la infancia, pero que realmente fueron tomando forma desde que en 1963 se instaló en el Massey College de la universidad de Toronto.

Lovecraft dijo de ‘La casa y el cerebro’ que era el mejor relato sobre casas encantadas jamás escrito

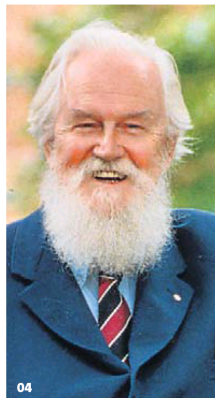
Allí, además de encontrar un ambiente propicio, pues nada tan grato y necesario para los cuentos góticos como una buena y vieja arquitectura dotada de una pincelada de misterio, también se dio de bruces con el fantasma de la residencia. Fuera este hallazgo o la petición de los *scholars*, cada año por Navidad se veía en la tesitura de contar al público una historia de espectros.



02



03



04

Son sus fantasmas seres poco aterradores, entre otras razones porque “nunca fue mi intención asustar a nadie”; más bien nos encontramos con unas presencias a veces gruñonas, en general irónicas y en la mayoría de ocasiones incluso simpáticas. En su inestimable prólogo, una deliciosa lectura para todos los amantes de los cuentos, salgan o no de la ultratumba, explica que las historias de fantasmas suelen ser muy serias, porque “nadie se los imagina contando chistes”, pero él quería darles otra dimensión, más desenfadada, apropiada a las fechas en las que iban a ser narrados, las Navidades. Y así, el humor impregna episodios como los del fantasma del estudiante obligado a examinarse una y otra vez para conseguir el ansiado doc-

torado que le permitirá descansar en paz, o el del *Dean* que se aparece en su despacho a todas las promociones de estudiantes.

Y, sin embargo, pese a este *espíritu festivo* Robertson Davies era un gran admirador del considerado iniciador de los cuentos de fantasmas, el irlandés Sheridan Le Fanu (1814-1873), a quien tanto deben el terror actual y el pasado. Contemporáneo de Le Fanu, Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) es un nombre que tal vez no les diga mucho, a menos que añadamos que es el autor de la célebre frase “Era una oscura y tormentosa noche”, con la que Snoopy intenta una y otra vez empezar una novela. Considerada, exageradamente, como el peor inicio de una novela de todos los tiempos, lo cierto es que Bulwer-Lytton consiguió con esta *La casa y el cerebro* una obra maestra de la literatura espectral. La trama no tiene nada de espectacular: el narrador decide pasar una noche en una casa encantada con su criado y su perro. El valor de este cuento largo radica en su capacidad para crear una atmósfera de insana maldad, el horror de las apariciones y el pasado de crímenes ocurrido en la mansión, en la más pura línea de Lovecraft, quien dijo de este relato que era el mejor sobre

Diane Setterfield
El hombre que
persegua al tiempo / L'home que
persegua el temps
Traducción al castellano de Rubén Martín
Giráldez y al catalán de
Carles Andreu y Anna
Puente Lucía

LUMEN / EMPÚRIES
432 / 320 PÁGINAS
20,90 / 19,90 EUR.

Edward Bulwer-Lytton
La casa y el cerebro
Traducción de Arturo
Agüero Herranz

IMPEDIMENTA
108 PÁGINAS
14,96 EUROS

Robertson Davies
Espíritu festivo.
Cuentos de fantasmas
Traducción de Concha
Cardeñoso

LIBROS DEL
ASTEROIDE
312 PÁGINAS
18,95 EUROS

M.R. James
Cuentos de fantasmas
SIRUELA
A LA VENTA EN
MARZO

Latidos

El triunfo de la sutileza

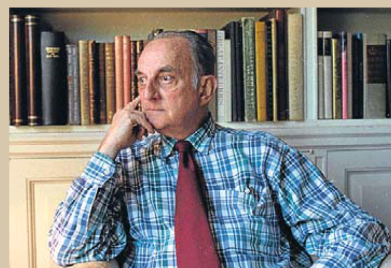
SERGIO VILA-SANJUÁN

La sutileza es una virtud que hoy cuenta con pocos defensores. En literatura y arte va de baja: día a día asistimos al triunfo de lo contundente y de lo obvio. En el terreno de la música pop ya no digamos. Y en política, especialmente la más próxima, ha pasado a ser la gran desconocida. Ni está ni se le espera.

Por eso hay que celebrar el (modesto) reverdecimiento editorial que en los últimos tiempos experimenta entre nosotros la obra de Louis Auchincloss (1917-1920). Este escritor y abogado neoyorquino, autor de más de sesenta libros, se colocó a sí mismo, perspicazmente, como tercer eslabón de una cadena de influencias estilísticas y ambientales que inaugura Henry James (1843-1916) y sigue Edith Wharton (1862-1937). Los tres son narradores del matiz social, del detalle, del conflicto de los sentimientos en sordina, de los mil y un pequeños topetazos entre vocación y realidad. Sus obras brindan testimonio de la sociedad estadounidense más acomodada. Henry James, “the master” (así se titula la maravillosa novela que le dedicó Colm Toibin), en algunas de sus obras lleva la sutileza a tal extremo que el lector puede encontrar largos párrafos (pienso por ejemplo en *Las alas de la paloma*) en los que cuesta saber de qué está hablando exactamente. Wharton, su mejor discípula, también ilumina los recovecos del alma, pero su prosa y tramas suelen resultar más directos y claros. Auchincloss no es tan profundo ni escribe tan bien como James, pero sus historias son muy dinámicas, tienen un sentido del humor del que el maestro carecía, y se entienden a la primera.

En el 2008 Libros del Asteroide tradujo *La educación* de Oscar Fairfax, guión del autor a *La educación* de Henry Adams, libro totémico de las élites americanas. En ocho capítulos con forma de relato, Auchincloss narra la vida de un álgido ego que, tras estudiar en un internado, graduarse por Yale y vivir en París, acaba consagrado al mundo de la abogacía que por tradición familiar le esperaba, mientras intertactúa con distintos personajes dispuestos a devorar, sin dejar restos, “la dorada manzana de la vida”.

Y ahora la editorial Elba que dirige Clara Pastor incluye en su colección de narrativa, “Ficciones”, un nuevo título de Auchincloss, con traducción y un buen prólogo de Ignacio Peyró. Se llama *Historias de Manhattan* y la estructura es similar a la de *Oscar Fairfax*: relatos enlazados por un hilo conductor, en este caso el escenario neoyorquino. Un hombre asume la carga de un adulterio para que no resulte salpicada su mujer, que es quien lo ha cometido. Una joven aleja al hombre que le ofrecía una vida interesante y opta por la respetabilidad para honrar la memoria de su padre. Un joven licenciado en derecho ve tambalear sus convicciones como asistente de un juez energuménico. La cubierta está ilustrada con el retrato de una joven con un ramo de flores, del artista *art déco* Bernard Boutet de Monvel. Si están saturados de obviedades y de contundencia, agradecerán dedicarle un buen rato a Auchincloss.



Louis Auchincloss en su domicilio neoyorquino

CORBIS

ESCRITURAS

Miércoles, 15 enero 2014

7 Culturals La Vanguardia